



Se disputan el corazón inmaculado de una delicada doncella, dos buenos muchachos, obreros ambos, honrados a cual más.

La sincera amistad que unía a Manuel Barrientos y a Valerio Cortés se derrumbó cuando se sintieron atraídos, al mismo tiempo, por las miradas, de dulzura inefable, de la encantadora Rosita.

Por error, un desconocido hiere de muerte a Valerio. Las apariencias, siempre engañosas, acusan del asesinato a Manuel. La justicia humana, que muy poco necesita para equivocarse, lo condena a diez años de pena en la lejana Isla de San Lucas.

El dolor, que consume al inocente recluso, se hace más íntimo, más hiriente al saber que Rosita. También, la adorada Rosita, lo cree culpable. Por él, ahora, no siente sino la compasión que, en los espíritus buenos despierta el castigo impuesto a las almas que se suponen malas.

El torcedor inquieto de los agudos remordimientos martiriza la conciencia de Jaime Campos, el verdadero culpable de la muerte de Valerio. Creyéndolo otro, vengó, en un inocente, la injusticia que un malvado le hizo.

Esa angustia cruel lo lleva a arrodillarse a los pies de un sacerdote quien, espontáneamente, confiesa la propia culpa. El ministro del señor le aconseja hacer más amplia, más efectiva, su declaración. Declararse autor, como en realidad lo es, ante la justicia humana que por su culpa, mantienen en el presidio a un inocente.

Jaime, que en el fondo no es perverso, obedece. Llega, así, la libertad para Manuel. Vuelve a los brazos de Rosita. Se transforma tanta tristeza injusta en una inmensa felicidad bien merecida.

Boceto de novela escrito con rapidez, que le arrebató mucha de las bellezas que hubiera tenido, dada la habilidad del distinguido autor.

Los personajes apenas esbozados. Los episodios señalados apenas. Sin detenerse mucho en ellos. Como el tema se desenvuelve en forma fugaz, el desenlace no se hace esperar. Deja, en el espíritu de quien lee, la visión de algo que pudo ser de sugestiva emoción y que no logra alcanzar el perfeccionamiento deseado. Parece, como si hubiera en el relato, miedo al tiempo.

Es un perfume que apenas se aspirase, desvanece. Deja solo la impresión de un anhelo que no llega a ser realidad.